

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

De hecho, no habéis, no mentáis, no provocáis honra a sus padres, en suma, cuando se los da Dios amándole y sirviéndole.—
Le habéis de la vida, es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—
Fíjate para extirpar el mal. Embalce la tierra cubriéndola de vegetales y animales vivos.—
Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que sus virtudes que posean.—
Amos los unos a los otros. No sé perfectos como nuestro padre que está en los cielos.—
La piedra no levanta al hombre, sino el hombre levanta al hombre.—
El alma es el espíritu que se eleva por encima de los sentidos.—
El alma es el espíritu que se eleva por encima de los sentidos.—

El peñón que labra, la mujer que abraza su vida, el magister que descompone sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el trabajo que Dios y el hombre.—
Conoce a sí mismo.—
Desde la India hasta Francia, el espíritu ve más que una familia inmensa que debe regirse por las leyes del amor mutuo, los dos seres hermanos.—
Has el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la naturaleza y el espíritu de la forma de voluntad racional y por el bien.—
Que la verdad ostente todos sus atributos en la tierra que se desploma los templos y calza hechos por los siglos y se eleva bajo el signo los sucesos del Valle de Oro si se interponen en su camino. Paso, paso a la verdad divina.—

470 XVII MADRID Jueves 26 de Octubre 1899

ALMERÍA

Almería Onda azul y plat, cielo de luz, cosas de nieve, suelo de esmeralda, subterfuge de oro. Almería Palomita blanca que hunde el plomo abrasado sobre la honda azulada.
¿Qué ha sido Almería? Lo último. ¿Qué punto? Lo primero. Los grandes de esta tierra, que se venían a paso de oro, pueden llegar a ser tantos como las arenas del mar. Como en los cuerpos históricos, la sangre revienta en las venas, y vientan los metales preciosos en las venas, vientan los metales preciosos en las venas, vientan los metales preciosos en las venas, vientan los metales preciosos en las venas.
Duerme allí todo: el oro en los filones, la fecundidad en las vallas, el genio en los cerebros.
Que allí se encierra algo, lo prueba este hecho:
Los dos primeros palacios que hay en Madrid, el uno de piedra, el otro de espíritu, han salido de aquella tierra.
El palacio de Argüta, el mejor situado y más opulento entre los modernos, se ha hecho con dinero de sus minas.
El otro palacio, el palacio de espíritu, es Salmerón.
Salmerón El más profundo de los pensadores españoles, y quizá contemporáneo; el maestro de la ciencia entre las ciencias, aquella en las que destaca la grandeza y el poderío de las naciones, de donde ha nacido Inglaterra, reino de los mares, y los Estados Unidos, el gigante americano: la libertad de la conciencia.
Morta el estado de tan maravillosa palabra que tiene, a virtud de convertir las ideas en bronce, en mármol, sobre que esculpe y graba como Miguel Ángel esculpe y graba a golpes de martillo sobre la piedra gris alba.
Almería Conjunto abigarrado de miserias y grandezas. Centenar de profetas y reyes de tallas, que se yerguen, adelantando la barba negra y puntiaguda, con ademán de dictar leyes, sobre inmenso rebaño de criaturas humanas arrojado sobre el arroyo donde se ahoga en todas las podredumbres. Arriba, la Alcazaba, coronada por la morada soberbia del rey moro, o cristiano; abajo, el rebaño de hombres recogido en las casetas militeres, o en las cuevas abiertas sobre los costales de la roca. Uno sólo arriba mandaba; todos los demás, abajo confundidos bajo el polvo.
¿Qué extraña que Almería sea la tierra ciego del caciquismo?
El ciego último encontró resistencias en el secretario del Municipio y lo mandó prender y atar codo con codo para llevarlo a la cárcel.
El concepto tradicional de la autoridad es allí ese: el que manda lo puede todo. ¿Le agrada una dehesa? La acapara. ¿Apetece un monte? Lo hace suyo. ¿Le estorba un ser humano? Le dice a su Juan Diente, como D. Pedro I al ayuso:—Despáchalo.
La última oveja de aquel rebaño haría lo mismo si se hallara en lo alto. Escarbando en cada almerense, se hallará dentro al rey de tallas.—No sigas con el carro por ahí, le dice el agente de policía al carretero, porque está prohibido.—Seguiré.—Que no seguiré.—Que el seguiré. Y sigue.
Un dependiente de fonda abandonó la casa en que había servido más de veinte años, porque un día el amo dijo: «Si», y él dijo: «No».
Pueblo hay donde todos los vecinos están enemistados. ¿Por qué? Por cualquier menudencia, porque un día dijeron unos «Si» y otros «No».
El fondo de ese pueblo Oro, puro oro, como el del buen servidor de fonda que está en una misma casa tantos años.
En suma, aquello es un brillante por pillar.
No se vivir así la más grande de las necesidades. Hacer de la vida un infierno cuando puede hacerse de ella una gloria!
Díjase, sí, ellos, los almerenses, no tienen la culpa; nadie nace enseñado. ¿Les culpamos de que habiendo pisado durante siglos sobre un filón metálico no hayan conocido la existencia de ese filón hasta ahora en que el ingeniero se lo ha señalado con el dedo? Pues más rico filón de espíritu llevan ellos dentro. Falta sólo el hábil ingeniero político y social que lo ponga al descubierto y dirija su explotación.
Bella es Almería: Cielo de luz, mar de

plata y azul, palomita blanca que hunde su plomo abrasado sobre la honda azulada.
Ya hay allí palpitaciones de una nueva vida: el puerto, el ensanche, la chimenea de la fábrica que humea, la locomotora del tren que silba.
No falta ninguna bestia que roga en su fachada el escudo del Corazón de Jesús. Imbéciles!
Si no les gusta el liberalismo, que se vayan allá a habitar en las cuevas abiertas al pie de la Alcazaba; que es el Almería cristiano, que el Almería tradicional; no profeso más la España de los Alfonsos y los Carlos en tantos siglos de imperio.
Fue hace cincuenta años, como quien dice, cuando la piqueta revolucionaria se levó sobre las murallas vetustas que, levantadas por los árabes, fueron conservadas por la monarquía católica y defendidas con tesón brutal por la monarquía absoluta. Viven aún los que disputaron al absolutismo esas murallas y las enhiaron por tierra con alegría luminescente, como la tiene el preso al salir de sus prisiones. Las puertas de Almería se cerraban, hace medio siglo, a las nueve de la noche y no se abrían hasta las ocho de la mañana. Era una prisión nocturna y matinal a que se condenaba a toda la ciudad, en honor y gloria del rey absoluto.
Toda la parte nueva de Almería, todo lo que vale y brilla, cuanto constituye el honor de aquella ciudad, se ha hecho de medio siglo acá, por consecuencia del derribo de las murallas, y es obra, por tanto, de la libertad; de suerte, que la libertad ha hecho en medio siglo más de lo que hiciera en todos los anteriores el Corazón de Jesús.
Poned, por sed, imbéciles beatas, el escudo corrilista del Corazón de Jesús en las fachadas de vuestras casas, enclavadas en aquella red de edificación nueva que tiene por eje el paseo del Príncipe Alfonso I. Mandar el pueblo, debía cojerse con todos los bártulos de vuestros domicilios y llevarlos allá a habitar en la calle del Clarín o de la Sorpresa, a gozar de las delicias de la vida tradicional española, poniendo algunas vallas y centinelas de vista para que estuvierais presos en vuestros domicilios toda la noche y parte de la mañana.
Si maldecís de la libertad, ¿qué la gozáis? O sois imbéciles que no conocéis vuestra historia, o hipócritas. Si lo primero, no merecéis gozar una posición y una fortuna que sólo corresponde al talento. Si lo segundo, debéis ser encerrados en prisiones para no ser escándalo de la moral pública.
Allá, a las cuevas del barrio antiguo, con todos los carlistas de Almería; allá con todos los que pongan en sus casas las pizcas del Corazón de Jesús. Es aquel barrio el nacido y criado a los pechos del absolutismo y de la Iglesia. Poner el escudo del Corazón de Jesús en una vivienda nueva, de aquellas del ensanche, construida con delicadezas que hacen honor a los buenos alarifes almerenses, y amueblada con el confort moderno; vivir así en pleno liberalismo y gritar a la vez con símbolos imbéciles «muera el liberalismo», es el colmo de la estupidez, porque es como decir «muera mi vida», ya que su vida entera está entregada al liberalismo.
¿De qué os servirá, beatas almerenses, que ahora habéis corrido desalentadas de casa en casa para dificultar la realización de actos librepensadores; de qué os sirve ir por fuera paramentadas de sedas y plumas, si por dentro lleváis tan repugnante miseria moral, que llega a punto de ignorar que pedis la muerte de aquello que os está dando la vida?
De cierto que la mujer más fea, la que lleve un rostro deforme, es mucho más bella que vosotras a los ojos de la sabiduría, y, por tanto, de ese Dios mismo que aparentáis adorar, porque si ve más que los sabios, verá también todo lo repugnante de vuestra fealdad moral.
Claro es, perder el instinto no puede ser, en lo humano la regla es la excepción. Almería es así, por instinto, liberal, esencialmente liberal, profundamente liberal. Como que la libertad es el molde adecuado a la esencia que lleva dentro aquel pueblo. Si cada uno por dentro es un rey, si no sufre

sino por la fuerza el «No» de los otros enfrente de su «Si», claro es que tiene que ser liberal, anarquista si queráis.
Debian, además, los almerenses, para no estar en libertad, ser ciegos. Y tienen buena vista. Ojos negros como carbones, que destellan luz intelectual. Y claro, viendo la Alcazaba raída con todas las miserias que tiene al pie, obra de la tradición; y viendo por el otro lado el puerto, y el ferrocarril, y la chimenea de la fábrica; y viendo los vapores, vagones, carros y toda suerte de vehículos rebosando productos que se han de transformar en libras esterlinas, dicen:—Aquello no, esto sí.
Aí en Almería, hagan lo que quieran los imbéciles, los hipócritas y los tanantes, esto ha matado aquellos, como predijo Víctor Hugo.
Pero esos miserables falsificadores de los verdaderos sentimientos de Almería vienen siendo con su falsificación, apoyada por los intereses y por el poder, una rémora continua del desenvolvimiento de aquella ciudad, cuyo estado de progreso no hay ciertamente quien ponga en duda.
Y eso no se debe consentir; y los buenos espíritus, no ya de la ciudad, sino de la provincia, deben unar sus esfuerzos para arrojar y hacer desaparecer cuantos obstáculos se opongan a sus triunfales destinos.
Hay que completar la ciudad nueva, redondearla y ponerle una diadema digna de su juvenil belleza.
Allá, en lo que llaman el contramuelle, y que será el muelle futuro, deben fijarse todos los ojos de los almerenses y de los buenos hijos de la provincia.
Es preciso juntar a la utilidad de aquella obra la belleza de sus contornos. Hay que levantar allí, frente al nuevo muelle, recreándose en el azul de las aguas del mar y del cielo, a la vez que en las espléndidas riquezas que salgan del puerto, una barriada nueva que, por su belleza y esplendor, cautive los ojos, sorprendiendo la atención de los navegantes que arriben al puerto, y extendiendo la fama de Almería por el mundo, a la vez que sirva de lugar de recreo y de expansión a los ricos cultivadores y mineros de la provincia que vayan a la capital a gozar por algunos días del esparcimiento merecido a la vida ordinaria de laboriosidad y de trabajo que llevan.
En suma, Almería necesita del dictamen y el consejo de los artistas, para hacer allí, frente al contramuelle, una barriada que declumbe por su esplendor y que tenga carácter, cosa a que tanto se presta aquel país de ambiente excepcional.
Nosotros, en el caso de los almerenses, llevaríamos allí a los primeros artistas españoles, a que dictaminaran sobre el caso. Nada de medianías; se trata de una obra verdaderamente excepcional, y en que no es suficiente el talento del constructor, sino también del decorador y del pintor, porque todo lo que se haga ha de tener su colorido y su relieve.
El dictamen de Pradilla y de Benlliure se impone. No se lleva a Bretón y a Chapí para que recreen por algunos instantes los oídos de una ciudad? ¿Cuánto más no debe llevarse a los maestros en las artes del dibujo para tratar de obras destinadas al recreo permanente de los ojos?
Nosotros haríamos todo esto, y lo haríamos corriendo, a todo vapor. Que no se quejen los almerenses, a no hacerlo, de que el Gobierno de los restauradores, indolente y brutal, no les haya concedido hasta ahora un mísero ferrocarril, porque ellos incurrierán en igual falta si no realizan al punto esa obra urgente y factible.
Lo necesario para esas obras, que es el dinero, está allí, y de sobra. La provincia que recibe cada año un millón de libras esterlinas, de sólo la exportación de la uva en barriles, no puede alegar disculpa sobre dificultades materiales para realizar esa obra, la cual, sobre ser bella, será reproductiva, porque, terminados los muelles, se facilitará el tráfico y se atraerá la navegación.
Es, pues, útil la obra, hay que hacerla, y tiene ya lo más difícil hecho. ¿A qué esperar a mañana para realizar lo que puede hacerse hoy?
Los yanquis no se explicarían eso. Cuando

veíamos bajar los trenes con los enormes bloques de piedra destinados a las obras del muelle, piedra que se toma de las canteras que están allí a la vista cogiéndose con las manos, pensábamos en que si los yanquis estuvieran en los almerenses, en un mes harían todo aquello que tardará aún en acabarse algunos años, porque serían capaces de trasladar montañas enteras de piedra, haciéndolas rodar por planos inclinados desde lo alto a la orilla del mar para rellenar los muelles y levantar los edificios.
Pero es verdad, los yanquis son republicanos, y no hay quien les interponga en su camino el escudo del Corazón de Jesús!
¡Es, sin duda, una delicia esto de tener un trono dorado, altares de mármol, palacios para obispos, pero no poder removerse, ni hablar, ni hacer las obras más útiles sino a paso de tortuga para que sirvan de recreo a nuestros nietos!
En fin, más meritoso es, obrando en estos medios, preñados de obstáculos, realizar grandes y útiles empresas, y ello debe ser aliente para los almerenses de empuje y de recursos, moviéndoles a asociar sus fuerzas, a fin de realizar, sin levantar mano, obra tan hermosa. Ello ha de hacerse, y siendo, como será, lo que más declumbe los ojos del viajante en Almería, también el que más se sacrifique en la obra recogerá para su nombre mayor y más dilatado honor.
¡Ah, cierto que el Honor, moralidad, justicia, serán un vano nombre mientras subsista el régimen actual. ¿Qué de obras de valía podrán realizarse en Almería, bajo los ojos odiosos de un cacique brutal, armado por el poder central con toda la autoridad de un rey de tallas?
También eso se vence.
La unión, la cohesión, el enlace íntimo de todos los elementos populares, sería en Almería muralla infranqueable contra los desmanes del caciquismo.
Almería es republicana, porque es liberal. El régimen de la libertad no tiene más que una forma: la República.
Todos los liberales de verdad, aunque no le digan y no lo sepan, son republicanos. Republicano es el liberal que no está dividido a partido alguno, como lo es el socialista. El campo republicano lo abraza así todo en Almería. Quidad los hipócritas que mientan religiosidad y la eflentela escavizada de los caciques, y el resto, todo entero, es republicano.
La felicidad de Almería, más que de otra provincia alguna, depende, por eso, de que se proclame la República. El aliento de esta barrería es villano y despreciable caciquismo, que es allí escándalo de las costumbres y obstáculo abrumador a la realización de todo progreso.
Proclamada la República, podría formarse en Almería una administración municipal modelo en que tomaran parte todas las fracciones liberales, desde la socialista a la liberal indefinida, dirigida por un núcleo de hombres íntegros, inteligentes, amorosos del bien público, que llevarían al vapor la obra de engrandecer y embellecer su ciudad amada.
Que esas fuerzas similares vayan acercándose, poniéndose en inteligencia, estableciéndose entre sí lazos de confraternidad y solidaridad, con lo cual, a la vez que se defienden y defienden su ciudad de las depredaciones del caciquismo grosero, preparan el terreno para la hermosa obra de común utilidad que han de realizar mañana.
Como hay materiales a la mano para hacer la obra monumental del puerto, los hay también allí sobrados para hacer la obra social de levantar una ciudad nueva, resplandeciente de inteligencia y de justicia.
Lo hemos visto por nuestros ojos; hemos visto que hay en Almería, no sólo canteras de piedra, sino canteras de espíritu.
Fuimos al salón del Circolo socialista, donde estaba congregada la flor de la juventud y la flor del trabajo, y allí pudimos advertir que los obreros almerenses son más que inteligentes, son buenos.
Guiad bien aquel árbol, y ya veréis cómo da hermosos frutos.
Se improvisó una velada en el Circolo;

Presidió Pradilla. Al digno director de La Justicia: ojos que abarcan luz, alma generosa, que respira justicia. Hechos los jóvenes germinales, con los entusiasmos propios de la juventud, pero de un tipo escogido que lucha bravamente por ocupar con honor el puesto de vanguardia que le pertenece en la batalla que libran la vida y lo nuevo.
Pronunció luego Salmerón (hijo) un discurso, de que no pierde una sílaba el auditorio que se halla en el local, compuesto en su mayoría de obreros. Todos le comprenden, todos asientan a lo que dice, todos le interrumpen por momentos, para celebrar la terminación de sus párrafos valientes con salvas de aplausos.
Tras Salmerón a sus adeptos de Germinal, con palabra enérgica y entera, el programa de la agrupación, demostrando que conoce perfectamente dónde va y cómo debe ir. La agrupación Germinal, dice, es un partido; sino un ejército de guerra, que marcha delante de todas las fracciones populares, amiga de todas, arridora de todas y aliente para todas.
Perfectamente. La juventud española que quiera cumplir su deber ha encontrado un digno guía. Esa fuerza juvenil, de ordenamiento dirigido aquí sin Norte fijo, y, por tanto, desdichada en su energía en el extranjero, que se divide en tantas y tantas direcciones, tiene ya quien la encauce y conduzca permanentemente hacia sus propósitos.
El espíritu vivamente democrático, valiente, arrojado, radical, que anima a Nicolás Salmerón, halló un eco en el corazón de los obreros, que le hicieron una ovación al obolista.
Había, por último, Demófilo, para decirles lo hay una cuestión política y social; son todo una misma, y a la vez que se resuelve el problema político, se resuelve el problema social.
Y para que no lo tomaran por elucubraciones, tras ante los obreros un plan de reorganización política y social, fundado en hechos históricos, y apoyado en ellos.
Demuestrales con ello que ese plan está de acuerdo con la justicia republicana y con la caridad cristiana, con el Evangelio del Cristo y con el Evangelio de la democracia que dice, por tanto, que el bien de todos depende de los intereses de todos, que depende su realización, pues basta que existan el poder político; que sean los amigos del Estado, para convertir en ley el plan trazado, que abonan todos los derechos y todas las conveniencias.
Por último, que aquí lo primero, lo indispensable para pensar en reformas sociales, es conquistar el poder político, para que la República, que es el poder político, sea el poder que en los años, libere a la nación de la acción social más hermosa que ha conocido pueblo alguno.
La posibilidad y la verdad de lo que exponía Demófilo veían reflejada en aquellos rostros, atentos, casi inmóviles, con los brillantes ojos y los oídos descomulgados abiertos, e iluminados de momento en momento por ondas de luz que salían de sus frentes de un modo de esperanza que hacía salir no soñadas.
Ingrididos los espíritus en ese brando de esperanza, cuando el discurso de Demófilo se acercaba a los últimos párrafos, cuando se iba a dar el golpe de la separación, con lo que quedó en el aire un espíritu que se eleva en aquella íntima unión de las almas, la virtud de uno de los más preciosos fundamentos de la sociedad nueva: la fraternidad.
¿Qué hacen esos argumentos populares de Almería que, contando con las evidencias materiales, no pueden hacer realidad el ideal de una obra?
¡A despertar todo el mundo; políticos a la mar; llevad cada cual el espíritu que quiere; pero que todos se junten para la obra común de levantar al edificio republicano!
El enemigo común se sabe cuál es: el clericalismo. Todos, pues, a correr contra el clericalismo, jóvenes germinales, socialistas y republicanos.
Hay que matar, tiene obligación de matar Almería, la provincia despreciable y alborotada por la restauración, la tiranía y el caciquismo.
¡Que se maten!

siglo de imperio entre derroches, ha concedido un misero ferrocarril, y que no tiene, oh vergüenza, oh infamia, más que una carretera.

A la guerra se contesta con la guerra; y el esclavo que lame la mano del señor merece la esclavitud.

Como las provincias vascas son la patria de Carlos VII, Almería debe ser la patria de Beltrán, el maestro de la libertad de conciencia.

Que los almerienses vinieran, por tanto, todo su honor y toda su gloria en hacer de aquella provincia el asilo de la libertad de la conciencia.

Que hasta las piedras griten allí: «¡Abajo el clericalismo! ¡Viva la libertad de conciencia!»

SOBRE EL CAOS

Llegamos a las puertas del caos. Tres aspiraciones traía este ministerio al formarse.

Vivir en brazos del jesuitismo, representado por Polavieja.

Tener el apoyo del regionalismo, representado por Durán y Bas.

Captarse la benevolencia de los asambleístas del comercio, cuyo programa iba a hacer suyo Silvela.

Todos esos cálculos han venido por tierra.

Ya se marchó Polavieja.

Ya no hay Durán y Bas en el ministerio.

Ya no deja ni hablar Silvela a aquellas Cámaras de Comercio en cuyo consorcio quería vivir.

El fracaso ha sido, por tanto, rápido, total, espantoso.

¿Qué instrumentos de Gobierno le quedan a Silvela?

Las bayonetas de los soldados, los fusiles de la Guardia civil y los garrotes de la policía.

En estado de guerra las Provincias vascas, en estado de guerra Barcelona, amordazada la prensa...

¿Puede vivirse mucho tiempo así?

Por otra parte, el partido liberal está absolutamente incapacitado para volver al poder.

¿Qué esperanza de vida le queda a este régimen?

Viene, pues, el país al estado de crisis en que se encontraba hace un año, bien que con caracteres mucho más agudos.

En ese tiempo se ha levantado el espectro del separatismo regionalista, y las hordas carlistas, cada instante más onvalentadas, rugen amenazas de muerte.

Grandes políticos y grandes patriotas los que nos han traído a esta situación!

El fracaso no es sólo de Silvela, es de todos los que han movido a los españoles a aceptar la continuación del régimen actual.

Creyó Silvela que podría gobernar con el apoyo de polaviejistas, regionalistas y comerciantes, y ahora él mismo tiene que despedirlos y declararles la guerra.

Creyó la prensa consejera de esa combinación, creyeron los comerciantes que fueron a palacio a hacer rendimientos cortezanos, creyeron los productores que adoptaron una actitud de benevolencia con el trono, creyeron todos esos redentores improvisados que con ensayos de nuevas posturas, podría la España monárquica salvarse, y ahora todos reconocen y aclaman que se han equivocado; diciendo El Imparcial, apoyador de Silvela, que esto ha fracasado; afirmando Costa, a nombre de los productores, que la lengua está cansada de hablar; y el brazo ontumecido de no hacer, y negando los comerciantes la sal y el agua a los que mandan.

Se han equivocado, por tanto, todos, y esa equivocación nos ha traído esta pérdida de tiempo, y esta situación temerosa, cuyo desenlace está preñado de sombras y peligros.

Y pues que todos reconocen que ni esto es viable, ni hay que pensar en una situación sagastina, resulta que todos vienen a darnos la razón y a reconocer lo que nosotros gritábamos hace un año, que la crisis de España no es una crisis ministerial, sino una crisis de régimen.

¡Necios!

No han querido que vengan las cosas buenamente y sin daño. Al fin las van a traer ellos mismos malamente y con daño.

¡Fijos, fijos de esos que escriben en lenguaje campanudo, y de los que defendiendo intereses de clase y se llaman sostenedores del orden! A fin de cuenta, vienen ellos mismos a combatir lo que ayer defendieron.

lidez y sus egotismos, no ya el desorden, sino el caos.

PROPAGANDA

Como decíamos en el número anterior, nuestro Director salió de Madrid para tomar parte en el meeting que debió celebrarse en Almería el 15 del actual.

Habiéndose aplazado aquel acto, como el que debía celebrarse en Linares, a consecuencia de no haber podido concurrir doña Belén Sárraga, nuestro Director ha tenido que regresar a Madrid.

No ha dejado, empero, antes, de saludar, en una conferencia dada en el Círculo Socialista, a los obreros almerienses y a los entusiastas jóvenes germinales, a quienes debe muy agradecidos agasajos, y de cuyo espíritu viene completamente satisfecho.

También una Comisión del Comité fusionista republicano almeriense se acercó a saludar a nuestro Director, departiendo largamente con él sobre los asuntos políticos locales, y proporcionándole con ello ocasión de apreciar toda la inteligencia y toda la discreción que hay, desgraciadamente oculta y sin empleo, en aquella brillante tierra.

A su regreso detúvose en Linares dos días. ¡Qué alegría más pura la de aquellos sanos obreros de la agrupación librepensadora!

El entusiasmo les rebosa; organizarán un acto digno de Linares. Los obreros de todas las agrupaciones les prestan su concurso; irán Comisiones de todos los pueblos importantes de la provincia.

Además del meeting, nuestro Director ha quedado en dar una conferencia a los obreros sobre cuestiones sociales.

Los viejos entusiasmos renacen en Linares. Con salvas de aplausos y vítores se despidió a nuestro Director en la estación; un grupo siguió hasta Vadollano, cantando en el tren himnos patrióticos.

Por el alma obrera linaresense cruza un relámpago de esperanza.

Es hora del despertar, de arrepentimiento de pecados y de abolición de culpas. En Linares debe serlo todo el obrero y no es nada. Lléve por allí a torrentes el oro, y a su bolsillo no llega una sola gota, más que lo ordinario, de esa torrencial lluvia. El plomo se vende tres veces más caro que antes, y el obrero gana el mismo jornal que antes. Eso es una injusticia que espanta.

El que crea que esas injusticias prevalecen es un imbécil, ya le caerá, cuando menos lo piense, fuego del cielo sobre la cabeza.

El que las vea y se cruce de brazos, que no se llame republicano, porque es como el carlista que, llamándose devoto de Cristo, mete las balas de su trabuco en el cuerpo de su prójimo.

Dejar que se explote al obrero y se le eche después a racimos por los pozos como carne podrida, no lo puede hacer un republicano de verdad; es que tampoco lo puede consentir ningún ser de conciencia.

Hay, pues, que olvidar todas las cuestiones de palabra y de mote para fijarse en ese punto capital: el obrero, la mejora de su condición, su salud, su vida.

Ahí vendrán todos los buenos republicanos y todos los buenos linaresenses, del brazo con los espíritus más avanzados.

Abramos campaña por la salud, el bienestar y la vida del obrero.

LA LEYENDA DEL SIGLO

de Dreyfus y sus jueces ante la conciencia universal

(Conclusión.)

Bien miradas las cosas, Dreyfus no tiene por qué afligirse mucho por la nueva sentencia: ella ha dado pie para que toda la tierra le haya manifestado ruidosamente sus hondos simpatías. Su calidad de inocente ha sido puesta en luminosa transparencia. Si cinco malos jueces le han condenado otra vez, la opinión del mundo, con conocimiento de causa, le ha absuelto glorificándolo.

Las corrientes de inclinaciones del bien y del mal se concretan y cristalizan en personas y casos; se determinan, para ser más viables, en hechos e individuos; se allegorizan en nombres y circunstancias.

Dreyfus ha llegado a ser un símbolo, como Cristo. Imagen de la desventura inculpable, encarnación del sufrimiento inmerecido, él representa hoy la inocencia perseguida, la grandeza de alma puesta en el crisol del martirio. ¡La inocencia perseguida, es decir, el más bello y simpático papel a que puede llegar un hombre en la historia.

No es un apóstol, pero es un mártir. No es un héroe, pero es un resignado de gran aliento, que no resuelve con la desesperación y el suicidio su desventura, sino que espera y espera convencido de su inocencia, sin arrebatos, sin iras, sin odios ni blasfemias, a pesar de sus cruentos dolores. Esto sólo es ya un ejemplo, una edificación, una grandeza de alma a lo verdaderamente cristiano. Es hermosa su mesurada y firme actitud ante el segundo consejo, ante sus nuevos verdugos. Pudo propiarse, pudo rebosar de indignación y de justa cólera ante sus pertinaces victimarios; pero se mantuvo, hasta ante la enormidad de la segunda sentencia, prudente y conforme; mejor dicho, apenado, pero sin flaqueza, protestativo, pero sin encono. Abandona, por último, el recurso de apelación; renuncia a su derecho y a la última esperanza, en interés de la República, en nombre de cuya tranquilidad se le habla y decide. Esto es grande, esto es sublime, digan lo que quieran los rebajadores y tergiversadores de méritos y de generosos móviles.

Cristo fue judío; también lo es Dreyfus. Son católicos los que más se han ensañado en perseguirle.

aquel. Para mayor interés del martirologio se ha atribuido a Dreyfus el grave y feo delito de traición. Cristo fue llevado al suplicio por embaucador. A través de mil chochientos noventa y nueve años, es Dreyfus el protagonista de un nuevo Calvario, un Cristo moderno y un Cristo humano, sin la sobrenatural fortaleza de un Dios. Su crucifixión moral ha sido más larga, más cruel y más infamante que la del Gólgota. Cristo sufrió una sola pasión, un solo proceso, una sola condena. Dreyfus lleva a cuestas dos: terminado un calvario se le ha llevado a otro. Pero el indignado global, aniquilando la fiereza de sus verdugos, ha convertido el segundo en un Tabor, en una montaña de transfiguración y gloria. El dudoso traidor de ayer ha pasado a ser, a la faz del mundo, el inocente acrisolado y sublime de hoy, el mártir glorificado en vida por la humanidad.

¿Qué importa el veredicto condenatorio de cinco obcecados ante la sanción entusiasta de toda la tierra?

A Dreyfus se le puede decir: «Entregate tranquilamente a una convalecencia reparadora; vuestra degradación ha resultado enaltecimiento; vuestra pérdida un triunfo; vuestro proceso una glorificación; vuestro martirio una terrible, pero famosa leyenda».

Hay que dar, con todo, a sus enemigos la parte considerable que les corresponde en esta especie de apoteosis. Por lo general, no son los amigos, sino los enemigos, los generadores de toda gloria y de toda celebridad. Honor al mal (!). Los defensores no habrían alcanzado a hacer tanto. Mientras más han arrojado la persecución y el encono, más y más han elevado a Dreyfus, más y más grande y célebre lo han hecho. Llegará día para su memoria en que la Francia entera se sume al resto del mundo en la glorificación de su martirio y el reconocimiento de su inocencia. Acaso un vástago suyo, como el nieto del gran Carnot, sea presidente de la República.

La abolición dictada por el tribunal de Rennes habría dicho menos en favor y gloria de Dreyfus que la sentencia torpe y contradictoria que se ha pronunciado. Antes que ella, cada sesión del público proceso ha sido una abolición. Tal sentencia era la mejor en doble sentido que podía haber esperado Dreyfus. La abolición por el tribunal habría perdido atribuirse a influencias oficiales. La condena absoluta, sin atenuaciones, y repetida, habría producido en el mundo cierta duda, por algo que en el proceso no ha podido ser público. Así dictada, todo ha concluido en favor de Dreyfus: es ella la última y terminante prueba de su inocencia y el último contraproducente eslabón de la cadena de infamias de sus calumniadores.

El principio de la santidad de la cosa juzgada, ha caído por tierra, se ha desacreditado completamente. Verdad que nunca valió un ápice, dada la condición eminentemente fallible de los hombres. Hoy, en los juicios públicos y concurridos, no son ya los jueces los que sentencian en definitiva, sino la sociedad. Cuando ésta absuelve, de nada sirve que los jueces condenen.

Haremos hincapié: en este proceso no debe verse un simple delito, unas cuantas infames y alevosas intrigas, unos cuantos perversos y unos cuantos espíritus elevados. Es desde altísima escena, por la importancia de la nación, el supremo y universal interés de la justicia el que así se ha ventilado y discutido, representado en un caso singularmente notable; el principio sacratísimo y a todos interesante de la verdad; la eterna lucha, en fin, resumida en un suceso real y concreto del bien y del mal, de la inocencia y la calumnia, de la traición y la maldad, de la cobardía y el valor, de la luz y las tinieblas.

La prensa antidreyfusista se ha revuelto alzada contra el mundo. ¡Insensata! No merece sino compasión. Si el mundo nada vale para esos franceses, quédense solos y continúen siendo grandes en el desierto. ¡Allí el certamen de la nueva Exposición, por la vida que sea, nunca alcanzará las proporciones, la celebridad y significación de la que acaban de ofrecer en Rennes sus protegidos y complacidos!

Felizmente, ese memorable proceso, si arroja deshonra y sombras sobre Francia, arroja también mucha luz y dignificación sobre ella, porque franceses igualmente son los defensores y el inocente nobilísimo, y franceses los muchos que han estado de parte de la verdad y la razón, probando que no todo está perdido en Francia en materia de justicia y rectitud.

Aunque la victoria no ha sido completa bajo el aspecto rigurosamente legal, el haber conseguido la revisión es ya bastante; bien que, por otro lado, la iniquidad ha sido redoblada, y lo malo ha concluido de pronunciarse, revelándose en toda su extensión y profundidad.

Esto acusa un cáncer en la noble Francia, cuyo generador se hace necesario conocer y señalar para que sea cortado de raíz, antes que sus efectos se reproduzcan por modo más grave y transcendental.

Ese generador, esa causa nociva, es el demasiado lugar que, con el deseo de la revancha, se ha dado al ejército, haciendo casi depender de él toda la vida y la marcha de la nación.

Las multitudes, apasionadas siempre del brillo de las armas, son propensas a delficar a los ejércitos: si vencedores, porque las subyuga y enloquece el resplandor de la victoria; si vencidos, porque cuentan con él como instrumento de venganza y reivindicación. Y ordinariamente lo que consiguen es formar una clase privilegiada, despótica y avasalladora, que, en fuerza de la torpe adulación de que es objeto, llega a creerse de superior naturaleza al resto de la sociedad, a imponerse a las mismas instituciones y colocarse por encima del pueblo, olvidando su honrosa pero modesta misión. Forjan así las masas sus propias cadenas, dándose amos en los que no son más que servidores armados de la patria; más tarde lo generador del mal.

interiores que se oponen a las agresiones y peligros externos. ¿Es que acaso encuentran más cómodo arremeter contra las colectividades indefensas? Tales ejércitos, sobre lo mucho que cuesta su sostenimiento, son más bien un peligro y una amenaza para las instituciones republicanas, que un apoyo y un elemento sumiso y puramente técnico de respetabilidad.

La guerra nacional ó interna, en que podían hacer noble papel, no llega, y entretanto devoran enormes presupuestos, producto de ajeno sudor, é invaden ó pretenden invadir, como las órdenes frailesas, todos los dominios de la vida social, arrojándose facultades que no les competen, enseñoreándose de curules que no les corresponden y usurpando funciones netamente civiles, hasta erigirse en tribunales de justicia, no teniendo para ello la menor preparación, para conocer y fallar en faltas ó delitos que pertenecen claramente a la jurisdicción ordinaria. Esto es volver claramente al régimen absoluto de la lanza y del rosario. ¿Será la lev del progreso una cañje engañosa y traidora? ¿Se avanzará mucho, con grandes fatigas, para desandar lo caminado?

No, son retrocesos momentáneos para tomar mayor impulso, para saltar más lejos... Francia, en los últimos tiempos, viene padeciendo la obsesión del acrecentamiento y los prestigios militares, ligando a esto todo el poder y la virtud del patriotismo. De ahí el que no haya habido cuestión en algún modo se roca con el ejército, que no haya recibido el sello de la mixtificación patriótica, haciéndose las más risibles y lamentables confusiones.

Todo se refería y se subordinaba al honor militar, aunque no viniera al caso en ómnia adoración. Justicia, equidad, razón, derecho, hidalguía, libertad, garantías, procedimientos, todo era sacrificado al dios espada. Las mayores iniquidades quedaban cubiertas con el ropaje de tan torpe veneración. Aquel no era, no es hoy mismo, un ejército al servicio de una nación, sino una nación al servicio de un ejército; parte, por lo menos, de un pueblo, postizada a los pies de una charretera, y de una charretera manchada y decolorada por un tejido singular de embustes, de bajezas y falsificaciones. Con semejantes jefes en el Estado Mayor no hay que pensar en la revancha; bien hará la República en evitar un conflicto con Alemania. A curarse de esa obsesión y a precaverse de ese ejército purificándolo y reduciéndolo a sus verdaderos límites en su misión y en la consideración popular, debe concretar sus esfuerzos.

A él también se debe, por el temor que inspira, la vergonzosa transacción a que se ha visto impelido el Gobierno en la cuestión Dreyfus, tan persuadido como este mismo de su inocencia. ¡El indulto por toda reparación! ¡La impunidad para los falsarios por todo castigo! ¡Todo en nombre de la salvación pública, de la tranquilidad nacional, del contentamiento del ejército!... ¡Debilidad tremenda y oprobiosa! ¡Jamás para los pueblos se sacrificó impunemente el supremo interés de la verdad y la justicia, que ha de flotar siempre sobre toda consideración de actualidad y circunstancias. Se salva engañosamente con ese sacrificio la crisis del momento, pero engendrando para lo porvenir mayores y más hondos conflictos. Retardar el naufragio no es evitarlo.

La justicia ejercida enérgicamente y sin miramientos es lo único que puede salvar radicalmente con carácter firme y duradero. Para hacerla prevalecer es para lo que sirven el valor, los cañones y rifles, no para resguardar atentados y vicios ó incurrir en locuras internacionales. El orden que de esto se deriva es sólido y profundo, confortando al mecanismo de todos los derechos y libertades. Toda transacción con la injusticia es, cuando menos, un signo de inconsistencia y puñalamiento.

La monarquía tradicional sucumbió en las manos del débil y contemporizador Luis XVI. La República puede también sucumbir en manos de Gobiernos que transigen, aunque sea en parte, con la injusticia y el crimen galoneados; en manos que vacilan para sostener y hacer respetar los sagrados derechos de la verdad y la justicia.

Como los objetos, el orden y los regímenes políticos se quebran en manos temblorosas. Hay que temblar para transgredir el principio de justicia; pero para acatarlo y hacerlo respetar hay que tener la firmeza de la roca.

La rectitud servida por la energía, es la mejor salvaguardia del orden y de los Gobiernos. República asediada por viejas raíces monárquicas, que no reposa en este fundamento, está expuesta a desaparecer. Un mal ejército y una turba insensata pueden, por milésima ocasión, ser su cuchillo. ¡Dios no lo quiera!...

La inocencia y reposición de Dreyfus en todos sus derechos, con indemnizaciones honoríficas proporcionales a su infortunio y a la injusticia de que ha sido víctima, han debido ser proclamadas solemnemente, al propio tiempo que Mercier y sus cómplices pasaban a la cárcel. ¡Cuán hermoso y edificante habría sido esto para la Francia y el mundo todo! ¡Qué espléndida coronación habría tenido el proceso revisionista!

Pero no importa: la infame sentencia del tribunal de Rennes y la cobarde debilidad del Gobierno han sido revistas y cuarteadas por la Humanidad, que ha absuelto y glorificado a Dreyfus, ha enaltecido y admirado a sus dignos defensores, ha honrado y sigue honrando a esa gran parte de Francia noble y generosa: gran luz que rasga la densidad de las tinieblas...

Drama gigantesco, leyenda memorable, causa celebérrima, a que gloriosamente y con muy elevado espíritu ha puesto término, fallándola, en insuperable instancia, la conciencia universal.

M. J. MADUENO.

Barcelona, Septiembre de 1907.

PROVOCACIÓN INFAME

El republicanismo, y principalmente Blasco Ibáñez, han sido objeto en Villarreal de un atentado infame.

Al regresar del meeting que acababa de celebrarse en Castellón, Blasco Ibáñez, Junoy y Rodrigo Soriano, el carlismo tenía preparado en Villarreal un asalto a los expedicionarios. Hordas de fanáticos dirigidas por olérgicos salieron a la estación gritando ultrajes contra la libertad y vivas a Carlos VII.

La Guardia civil ocupó militarmente el andén; pero los grupos no depusieron por eso su actitud amenazadora, llegando casi a una colisión con la fuerza pública.

La causa determinante del suceso fué un discurso pronunciado sobre un tonel por un sacerdote de Villarreal, predicando la necesidad de matar a Blasco Ibáñez.

Como consecuencia de esto, grupos de fanáticos exaltados registraron todos los tranvías y tartanas procedentes de Castellón buscando a Blasco Ibáñez, y en vista de la inutilidad de sus pesquisas dirigiéronse a la estación, donde, armados de hachas, pistolas, garrotes, etc., asaltaron el tren mixto de la mañana, registrándolo escrupulosamente, dispuestos a matar a Blasco Ibáñez, y aterrorizando con semejante actitud a los viajeros.

Muchas señoras se desmayaron. Los fanáticos pusieron un revólver al pecho de un republicano que viajaba en el tren mixto.

Eso no puede suceder sino en un pueblo católico.

Convertirse los hombres en fieras hasta asaltar un tren, cual si fueran bandidos, a fin de cometer un asesinato, cosa es que sólo puede realizarla el partido clerical. Leyes, humanidad, respeto a derechos y personas, todo eso no significa nada para esos cafes, que no han dudado, a fin de aciar su venganza feroz, en llevar el espanto a los viajeros que iban en el tren y producir accidentes a las infortunadas mujeres que tuvieron la desgracia de viajar por una vía española.

Imagínese que esas rujejas hubieran sido extranjeras; los Gobiernos de sus países tendrían derecho legítimo a reclamar contra un país que consiente la existencia de semejantes vándalos.

Por esto, mientras el clericalismo exista, es en vano esperar que haya seguridad de la patria.

Tiene derecho la humanidad moderna a circulación por todas partes, sin peligro. Creer que al viajar por una línea española será por una tierra habitable y encontrarse con que se marcha como por una selva poblada de fieras, es eventualidad a que no hay ya derecho a sujetar a los hombres.

Así, la disyuntiva es clara: ó nosotros extirpamos esas fieras, ó vienen los extranjeros a extirparlas; ó barremos los liberales a España del clericalismo, ó vendrán los extranjeros a barrearlo.

Mirad qué tranquilos y sosegados se encuentran ya los clericales en Cuba. Nadie teme a sus ferocidades; la espada republicana, suspendida sobre su cabeza, les tiene acobardados, temblando, besando como siervos y lacayos el suelo que pisan los yanquis.

Pues eso hay que hacer aquí; ponerles entre ceja y ceja la espada cortante republicana, y entonces, llenos de miedo, temblando, porque son muy cobardes cuando no se cuentan ciento para uno, permitirán que España sea una nación civilizada.

Hoy no se puede esperar que el estado de integridad personal varíe. ¿Qué castigos han impuesto a los olérgicos que capitaneaban a los bandidos asaltadores de un tren?

No los castigan, no los castigarán; bien lo saben ellos, y por eso lo hacen. Su crimen no puede ser más patente y más grave: ir a mano armada a asesinar a un hombre, y para ello asaltar un tren, es, sin duda, un crimen abominable. Sin embargo, no los castigarán, y la inmunidad les alienta para cometer nuevos crímenes.

Por eso, los republicanos deben aprestarse a la defensa, con sus fuerzas propias; ya ven que les va en ello la vida.

Sin duda, hay que ejercitar el más elemental de los derechos: el derecho de defensa. El país acaba de presenciarse, bien de relieve, el contraste entre ellos y nosotros. Noedal hizo no ha mucho tiempo una campaña de propaganda en las provincias andaluzas, donde se ha visto arder siempre tanto fuego republicano, y cuyas brasas reaparecerán a poco que las cenizas se remuevan; sin embargo, nadie atentó contra su vida; en parte alguna se vió a los republicanos organizar, como esos olérgicos de Villarreal, partidas de asesinos para matar a Noedal; y cuenta con que el caso era distinto; porque Noedal iba a hacer propaganda a focos republicanos, y Blasco no ha ido a Villarreal, ha ido a Castellón, no mediando, pues, de parte de los republicanos provocación alguna.

Cuanto haga hoy el republicanismo contra el clericalismo, no será, por tanto, sino usar del legítimo é inexcusable derecho de defensa.

Conste así.

A la Juventud republicana española

La Comisión organizadora de la Asamblea de Juventud republicana española...

en esta ciudad el día 29 del actual, pone en conocimiento de todas aquellas entidades republicanas de la nación que por olvido involuntario no hayan recibido la circular que oportunamente se ha puesto en circulación...

LUZ Y SOMBRA

El día señalado para celebrar el meeting de Linares es, según nos escriben de allí, el sábado próximo por la noche.

Nos dicen que Olarin (no lo hemos leído) combate en Vida Nueva a las mujeres que hacen propaganda librepensadora...

¿Qué sabe Clarín de esas cosas? Como si las cuestiones de ideas fueran cuestiones de zipsos.

Está visto que es en balde la lección, aunque la dé un genio como Calderón, que castigó dignamente el vicio de entrometido que puso en su Clarín.

Persona respetable de Ciudad Real nos escribe diciendo que son tales los detalles que le dan sobre los bárbaros atropellos cometidos en el Horrojo...

Lo que es un hecho, denunciado ya por la carta que recibimos por conducto de Vigo, es que ha quedado la localidad de Horrojo sin correspondal de los periódicos El Motín, El País, La Conciencia Libre, El Cencerro, Don Quijote y LAS DOMINICALES...

Entretanto, al preso, que se encuentra en la cárcel de Almodóvar, no le dejan escribir, ni leer, ni recibir periódicos.

Claro es que sueñan los tiranuelos del Horrojo al oír que sus atropellos van a quedar impunes. Ya la mirada de las personas cultas de la Mancha se está fijando en lo que ocurre allí...

Llamamos especialmente la atención de los colegas antes citados para que contribuyan, con la defensa de sus derechos hollados en las minas del Horrojo, a hacer que allí se restablezca el imperio de la justicia.

Nos dicen de Villamayor (Aurias): «Por aquí, de rosarios, cofradías de Hijas de María y del Corazón de Jesús, estamos hasta las agallas.»

ORGANIZACION LIBREPENSADORA

Valladolid 18 Octubre 1899. Señor Director de LAS DOMINICALES. Muy señor nuestro: Tenemos el gusto de manifestar a usted que el día 12 del actual se efectuó la organización del grupo librepensador...

Al mismo tiempo tienen el sentimiento de comunicarle que tan luego se constituyó el grupo se ha visto precisado a llevar a cabo sus primeros trabajos en el enterramiento civil de nuestro querido compañero Isidoro García...

Deseo este grupo, de acuerdo con la familia del finado, de trasladar los restos desde el hospital a la casa que fué su domicilio, a fin de partir de allí el cortejo fúnebre...

del bello sexo, pronunciándose discursos por los ciudadanos Payerpaj, del Tío, Guerra y Lartigau. Con este motivo quedan de usted afectísimos y de la emancipación social.—P. A., el secretario, NICOLÁS PÉREZ GUERRA, Ripoll, g. 18.

EL DUELO

El verdadero honor, el vulgar, el honor burgués, depende exclusivamente de lo que uno mismo hace o dice: pero el honor caballeresco depende de lo que otro dice o hace.

Aunque sea la conducta de un hombre la más honrosa y la más noble, su alma purísima y su cabeza eminente, todo esto no impedirá (en concepto de ciertos imbéciles) que su honor se pierda tan pronto como le plazca a un individuo cualquiera injuriarle...

Están la verdad, el derecho y la razón de parte de mi adversario, pero yo le injurio y puede enseguida marcharse al diablo con todos sus méritos. El derecho y el honor quedan de mi parte, y él, por el contrario, pierde su honor provisionalmente hasta que lo restablezca...

Si en una discusión cualquiera otro demuestra un conocimiento más exacto de la cuestión, un amor más severo a la verdad, un criterio más sano y razonable, en una palabra, si revela méritos intelectuales que nos dejan en la sombra...

Para ellos, el Tribunal Supremo de justicia, aquí ante el cual todas las diferencias referentes al honor se pueden apelar, es la fuerza física; es decir, la animalidad. Porque toda grosería es una apelación a la animalidad...

Todo hombre de buena fe reconoce a primera vista que ese código, extravagante, bárbaro y ridículo llamado del honor, no puede tener su fuente en la esencia de la naturaleza humana.

El dominio de ese grotesco código data de la Edad Media, sólo se limita a Europa, y aun así, sólo sirve para la nobleza, los militares y los imbéciles ansiosos de imitación.

Debo pedir perdón a los hombres de honor por atreverme a decir estas cosas tan contrarias a su código del honor caballeresco; no ignoro que al oírme se les pondrá la carne de gallina...

Los griegos y los romanos fueron pueblos de invencibles guerreros, de grandes héroes, en su embargo, desconocían completamente el punto de honor. El duelo era entre ellos, no costumbre de personas decentes, sino ocupación de viles gladiadores...

obra del cristianismo, se instituyó el duelo por medio del juicio de Dios. Si los desafíos del circo eran un sacrificio cruel ofrecido a la curiosidad pública, el duelo es una estupidez cruel ofrecida a la preocupación general...

Una porción considerable de rasgos que la historia nos conserva prueban que los antiguos ignoraban absolutamente la existencia de ese honor caballeresco, lo que no les impidió ser sabios, generales y grandes conquistadores.

Como dice un escritor contemporáneo, con mucha gracia: «Ni Demóstenes ni Cicerón fueron hombres de honor.»

Vamos, pues, que todo este principio del honor caballeresco era desconocido por los antiguos, precisamente porque miraban las cosas desde su aspecto natural, sin prevenciones y sin dejarse embaucar por patrañas de esta especie.

De todo lo que procede resulta con suficientes pruebas que el principio del honor caballeresco no es un principio primitivo basado en la naturaleza propia del hombre.

Abstracción hecha de su origen, el honor caballeresco tiene por fin inmediato hacerse otorgar por la amenaza de la destreza física los testimonios exteriores de estimación que difícilmente se podrían adquirir por méritos morales e intelectuales.

El honor caballeresco es hijo del orgullo, la estupidez y la locura, y resulta notable que sólo se encuentra en el seno de los pueblos cristianos regidos por esa religión que impone a sus adeptos la extrema humildad.

Se pretende que los duelos son como una columna que mantiene el buen tono y las buenas maneras en la sociedad: que son un escudo contra la brutalidad y la grosería.

El honor caballeresco es hijo del orgullo, la estupidez y la locura, y resulta notable que sólo se encuentra en el seno de los pueblos cristianos regidos por esa religión que impone a sus adeptos la extrema humildad.

Se pretende que los duelos son como una columna que mantiene el buen tono y las buenas maneras en la sociedad: que son un escudo contra la brutalidad y la grosería.

Se pretende que los duelos son como una columna que mantiene el buen tono y las buenas maneras en la sociedad: que son un escudo contra la brutalidad y la grosería.

«caballerescos» la primacía sobre las demás cualidades, cuando en realidad no es más que una cualidad muy subordinada, una simple virtud de subteniente...

Un golpe no es ni será jamás sino un mal físico que cualquier hombre puede ocasionar a otro, sin demostrar nada por esto, sino que es más fuerte ó más diestro, ó que el otro estaba desprevenido.

No queda otro recurso que considerar el duelo como una antigua superstición profundamente arraigada, como un nuevo ejemplo al lado de tantos otros de la debilidad del hombre.

Si los Gobiernos no suprimen el duelo es porque están compuestos de hombres faltos de valor para combatir de frente las preocupaciones del pasado.

Alguno caballero me objetará quizá que después de haber sufrido un castigo semejante todo hombre de honor será capaz de levantarse a la tapa de los sesos.

Muy tonto y mucha soberbia resulta compararse de pequeños (no aludo a Coloma), a las que nadie hace caso, y viene escribiendo un tal Minimus en una revista...

Y dale con A. Luna... Los Sres. Luna, Bnavente... son unos aprendices (y de lo de estos señores porque están presentes, y, por tanto, no es oportuno seguir).

Holladuras a Dreyfus, Zola, Castelar... ¡Oh!... Dreyfus es un ser insignificante que, gracias a Zola, pudo saberse de su existencia...

Zola, según el consabido Minimus, es un insubordinado, porque descubre en sus novelas los grandes misterios de la Naturaleza; dice la verdad, aunque sea en contra suya...

Castelar, nada menos que Castelar, era un pobrito indómito, porque reveló al mundo entero que la democracia había insti-

PSCH...

Y dale con A. Luna... Muy tonto y mucha soberbia resulta compararse de pequeños (no aludo a Coloma), a las que nadie hace caso...

Y dale con A. Luna... Los Sres. Luna, Bnavente... son unos aprendices (y de lo de estos señores porque están presentes, y, por tanto, no es oportuno seguir).

Holladuras a Dreyfus, Zola, Castelar... ¡Oh!... Dreyfus es un ser insignificante que, gracias a Zola, pudo saberse de su existencia...

Zola, según el consabido Minimus, es un insubordinado, porque descubre en sus novelas los grandes misterios de la Naturaleza; dice la verdad, aunque sea en contra suya...

Castelar, nada menos que Castelar, era un pobrito indómito, porque reveló al mundo entero que la democracia había insti-

tuído Cristo en el Calvario; pero la inversión naturalista de lo que Minimus quiere convertir en tinieblas opacas, siendo todos destellos de genio y luz, hace que Castelar haya ido montado sobre las narices de Minimus...

Conste, pues, al señor Minimus, que no hace sino decir bobaditas; que no conoció a Castelar, porque era muy grande; ni Castelar a Minimus, porque no existía...

¡Qué lástima!... Se lamentan los de la consabida revista de que en Francia estén en vísperas de dictar leyes rigurosas para exterminar el maldito jesuitismo...

Si a la vez lo hicieran así en España, desaparecerían de una vez todos los obstáculos para nuestro engrandecimiento y civilización.

En Francia vieron los grandes inconvenientes del jesuitismo en el asunto Dreyfus, y saben cortar por lo sano. Aquí, mientras no venga la niña, estaremos a la altura de África.

Y vendrá, y con ella el exterminio clerical y jesuitico. MANUEL MALLO.

HERMANUCAS INQUISIDORAS

Ya hemos insertado en otro número el grito de santa indignación salido del pecho de la noble luchadora Angeles López de Ayala...

«Durante el curso de esta humanitaria campaña, distintas veces hemos hecho mención de los crueles castigos impuestos a las intelectuales reclusas en la cárcel de Barcelona.

Ya en los calabozos, como recientemente ha sucedido con Magdalena Dugas, se les recarga el castigo por cualquier fútil pretexto, sometiéndolas a un régimen alimenticio de pan y agua...

El régimen carcelario a que están sometidas las reclusas, poderosamente contribuye a que entre ellas sean frecuentes los desarreglos nerviosos que, por lo general, se manifiestan en forma de ataques epilépticos más ó menos caracterizados.

Los calabozos llamados de castigo miden unos tres metros de largo por uno y medio de ancho; su altura es aproximadamente lo mismo que su longitud.

Los calabozos llamados de castigo miden unos tres metros de largo por uno y medio de ancho; su altura es aproximadamente lo mismo que su longitud.

Los calabozos llamados de castigo miden unos tres metros de largo por uno y medio de ancho; su altura es aproximadamente lo mismo que su longitud.

Los calabozos llamados de castigo miden unos tres metros de largo por uno y medio de ancho; su altura es aproximadamente lo mismo que su longitud.

